

20. EL CIERRE DE LA GRACIA

"El Señor es bueno; su misericordia es eterna y su verdad perdura por todas las generaciones." - Sal 100:5

A menudo oímos la expresión "mientras dure la misericordia", o "hasta que termine la misericordia." Estas expresiones no sólo son antibíblicas en sí mismas, sino que la idea que llevan consigo es ajena a toda la Biblia, y totalmente contraria al carácter de Dios. El pensamiento que a menudo subyace en ellas es algo así: Dios es misericordioso ahora, pero se acerca el momento en que dejará de serlo. Dios acepta el arrepentimiento ahora, pero se acerca el momento cuando los hombres pueden arrepentirse tan sinceramente como nunca, pero será demasiado tarde, Dios ya no aceptará su arrepentimiento. Dios ama al pecador ahora, pero se acerca el momento cuando ese amor se convertirá en ira consumidora y en una ira desenfrenada.

Nada puede ser más absolutamente falso que tales ideas. Pero dice uno: ¿No crees? ¿No enseña la Biblia claramente, que va a haber tal cosa como el cierre del período de gracia? Respondemos, ciertamente. ¿Y no ten-

drá el hombre pecador una relación diferente con Dios que ahora? Si no se salva antes de ese tiempo, ¿no será entonces imposible su salvación? De nuevo respondemos que sí, a ambas preguntas. ¿Dónde, entonces, está la falacia en estas expresiones? **En la idea de que Dios cambia, y que ha de ser un cambio en sus sentimientos hacia el hombre pecador lo que lleva al fin del tiempo de gracia.**

Habrá un cambio que traerá esa hora terrible en que el destino de todos los hombres será inalterable, cuando el que es sucio seguirá siendo sucio; pero ese cambio ocurre totalmente en el hombre, no en Dios.

La misma palabra "Dios" significa el bien. El salmista dice: "Desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios." Es decir, desde la eternidad hasta la eternidad tú eres el supremo, el que gobierna, el Bien que todo lo abarca y todo lo cambia. Dice el Señor: "Yo no cambio;" conmigo "no hay mudanza, ni sombra de variación." "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre." Él mismo es el "Padre eterno" de todos los seres creados; habita la eternidad. Conociendo todo el futuro, con su terrible clímax de culpa y rebelión, así como todo el pasado, con su historia de repetidos y constantes extravíos, no se ve perturbado ni sorprendido en su cólera por ningún desarrollo repentino del pecado. Por maravilloso que pueda parecer, con todo el oscuro hecho del pecado, pasado y futuro, ante él, todavía nos ama con un "amor eterno", y con su bondad siempre ha tratado de atraernos a él. David dice: "El Señor es bueno; su misericordia es eterna, y su verdad perdura por todas las generaciones".

Todo esto es suficiente para mostrar que cualquier cambio que se produzca en el fin del tiempo de gracia, ese cambio no está en Dios, sino en el hombre. "No os he abandonado, dice el Señor, sino que vosotros me habéis abandonado."

Dios es amor; es amor eterno. Nunca ha abandonado ni abandonará a nadie; pero los hombres lo abandonan a él, la Fuente de agua viva, y luego se cavan para sí cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua. El mundo abandonará por completo a Dios, y se entregará por completo al último gran engaño del error. Este es el cierre del período de gracia. El estudio del cierre de la gracia es el estudio del pecado imperdonable.

Jesucristo, es amor infinito, y por el poder del Espíritu de Dios, fue sanando enfermedades, perdonando pecados y expulsando demonios. Hubo quienes, mirando, admitieron que nunca el hombre habló tales palabras o realizó tales obras; y, sin embargo, estaban tan cegados y endurecidos por el pecado que no distinguían entre el Espíritu supremo del bien y el espíritu supremo del mal. Decían: "Expulsa los demonios por Belcebú, el príncipe de los demonios." Jesús dijo que este pecado no se les podía perdonar, ni en este mundo ni en el venidero. ¿Por qué fue esto? ¿Fue porque el pecado era tan grande que hizo que el Señor se enojara tanto que nunca podría superarlo? Esto sería hacer de Dios uno como nosotros, sólo que más grande, más furioso y persistente en su ira. Él pide que perdonemos al arrepentido sin límite, ¿y no hará él lo mismo? Condena que mantengamos la ira en nosotros, ¿y acaso él mismo guarda el odio? Esto sería su exigencia de que seamos santos como él no lo es. Dice Whittier:

*"El mal que duele a mi alma abajo
no me atrevo a tronar arriba".*

Debe haber alguna otra razón por la que ese pecado es imperdonable. Dios hizo a los hombres libres para elegir entre el bien y el mal. Si hubieran elegido el bien y continuado de esa manera, por la misma ley de la herencia y la ley de la influencia del medio ambiente, el poder del bien sobre ellos pronto se habría fortalecido, y el poder del mal se habría debilitado tanto, que el

peligro de pecar habría pasado para siempre. Pero los hombres eligieron el mal y continuaron en él, volviendo así esas leyes benéficas contra ellos mismos. A través de la acción de esas mismas leyes, el poder del bien sobre nosotros se ha debilitado tanto, y el poder del pecado se ha fortalecido tanto, que los hombres nacen esclavos del pecado.

Dios nos da su espíritu para restaurar esta libertad que se ha perdido por el pecado. Es por el Espíritu del Señor que estaba sobre Jesús, que vino a proclamar la libertad a los cautivos. Jesús dijo: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae;" y de nuevo: "Nadie puede venir a mí si no le es dado por mi Padre." No es que Dios atraiga a algunos y no a otros, y así haga posible la salvación sólo a unos pocos favorecidos; pues el mismo Jesús dice: "Yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos a mí", no los obligaré a venir, sino que los atraeré para que puedan venir, a fin de restaurar la libertad que se ha perdido por el pecado.

El espíritu de Dios nunca habría luchado con los hombres si no fuera por el plan de redención, que se centra en Cristo; pero ahora, por medio de él, todos los hombres son libertados. Él es la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Ese espíritu nos alcanza justo donde estamos, tomando todas las circunstancias de nacimiento, de la herencia y del entorno. Por medio de él se restablece el equilibrio de la mente para que "venga el que quiera." Esto le da al hombre una segunda oportunidad; pero si el hombre se resiste al Espíritu, y vuelve a elegir el mal, vuelve a hacerse esclavo. El pecado, si se persiste en él, endurece el corazón contra la influencia del Espíritu de Dios, y refuerza el poder del mal sobre nosotros, hasta que se llega a un punto en el que es absolutamente seguro que nunca nos convertiremos ni arrepentiremos. Siempre que un hombre se haya endurecido y cegado tanto por el pecado como para que sea incapaz de distinguir entre las obras del Espíritu de Dios y las de Satanás, ese punto ha sido alcanzado por él y la gracia de ese hombre

ha llegado a su fin. Por eso el pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable.

Dios no puede perdonar ningún pecado hasta que haya arrepentimiento por él. Es la bondad de Dios manifestada a través de su espíritu que nos lleva al arrepentimiento. Pero, ¿cómo puede ese Espíritu conducir a un hombre al arrepentimiento hacia Dios cuando atribuye la propia obra del espíritu en su propio corazón al diablo y no a Dios? Es evidente que no puede. El tiempo de gracia del hombre se ha cerrado. Dios es el mismo; su misericordia y amor y tierna piedad no han cambiado; pero el hombre, al persistir en el pecado, se ha aislado de Dios y se ha puesto fuera del plan de redención. El pecado es imperdonable porque no ha habido arrepentimiento.

Este es el terrible peligro del pecado. Cada rayo de luz resistido, cada pecado voluntario cometido, acerca al hombre a ese punto en el que la corriente es tan fuerte y la fuerza es tan leve que no hay retorno. Nosotros no podemos decir, pero Dios sabe cuándo un hombre llega a este punto; y cuando lo hace, su gracia llega a su fin.

Ahora bien, ¿cuál es el cierre de la gracia para el mundo? Esto es seguro, no es el límite del amor de Dios por el mundo. Dios tiene una gran verdad para los habitantes de la tierra. El evangelio eterno en su plenitud debe ser predicado a toda nación, tribu, lengua y pueblo. El mensaje es un mensaje que marca; marca a los que desobedecen, o los sella para la "bestia." (Lea los capítulos trece y catorce del Apocalipsis).

¿Qué significa esto? Simplemente esto: Algunos aceptan la luz rayo a rayo, como Dios la da. Paso a paso son conducidos hasta que son santificados a través de la verdad. Cada paso hace que sus corazones sean más tiernos y susceptibles, y los coloca más completamente bajo el control del poder de Dios, hasta que finalmente en su boca no se encuentre ningún engaño, y si-

guen al Cordero por dondequiera que va. La ley de Dios es impresa por su espíritu en sus corazones, y son marcados ante la tierra y el cielo como suyos. Otros rechazan la luz como viene hasta que la luz en su interior se convierte en oscuridad. Su corazón se vuelve cada vez más duro, y su vista espiritual se oscurece. Dios está obrando con poderoso poder; el mensaje va con un "fuerte clamor." Satanás también está trabajando con todo engaño de injusticia en los que se pierden.

En la vida de cada hombre llega un momento en que debe hacer su elección final entre el bien y el mal. Si elige el mal, acepta la obra de Satanás como el gran poder de Dios, y rechaza la obra del Espíritu de Dios como la obra de Satanás. Cuando hace esto finalmente, ha cometido el pecado impenitente y, por tanto, imperdonable. No lo hace de una vez, sino paso a paso. Al resistirse a la luz, su corazón se endurece, y cuando se llega a este lugar y se toma esta posición, la gracia del hombre llega a su fin. Está marcado, o sellado, para la "bestia", o Satanás.

El mensaje continúa con creciente poder. Los hombres continúan resistiendo. Otra toma su posición final, luego otro, otro y otro; el tiempo llega en que todo hombre que no ha aceptado la verdad y ha sido sellado para Dios la ha rechazado finalmente, y ha atribuido todo su poder a Satanás. Todos ellos han cometido el pecado imperdonable, porque pone al hombre fuera del alcance del espíritu que conduce al arrepentimiento. Cuando se llega a este punto, no hay razón para que la obra continúe por más tiempo. Se oye la terrible voz de Dios anunciando el hecho solemne de que todos los hombres han hecho su elección final, y que el que es sucio será sucio todavía.

Esto no es Dios diciendo, he cambiado, sino Dios diciendo al hombre pecador, has cambiado. No es Dios diciendo, no aceptaré el arrepentimiento ni perdonaré los pecados, sino que es Dios quien dice: El hombre no se arrepiente y por eso no me permite perdonar los pecados.

Si la ministración en el santuario celestial ha terminado y la puerta del templo se cierra, no es que Dios se haya cansado de dispensar el perdón y la misericordia sino que no hay más solicitantes de perdón y misericordia. Dios es el mismo; su misericordia es eterna; su amor es infinito y eterno. Cuando Jesús dijo al pueblo judío: "Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis." "¡Si hubieras sabido, tú mismo, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! Pero ahora están ocultas a tus ojos." Ese fue el cierre de la gracia para el pueblo judío como nación. Las promesas nacionales que Dios había hecho y condicionado a su obediencia ahora se escapaban para siempre de su alcance. Como la destrucción de Jerusalén prefiguró la destrucción final, esto prefigura el cierre final de la gracia.

Pero estas palabras no provenían de un Dios airado y vengativo, sino del gran corazón de un Dios tierno y compasivo. Jesús estaba llorando. Este es Dios, porque Dios es amor. "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; volved, volved de vuestros malos caminos; porque ¿por qué vais a morir?" Ningún hombre se arrepentirá genuinamente y Dios no lo aceptará. Si se negara a aceptar al pecador arrepentido, se negaría a sí mismo.

Algunos pueden pensar en el pasaje de Amós donde se habla de la hambruna por la palabra del Señor, y dice que vagarán de mar a mar buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán. Es cierto que esto se refiere a ese tiempo, pero ¿quién es que así busca la palabra del Señor y no la encuentra? El siguiente versículo dice: "Los que juran por el pecado de Samaria, y dicen: Vive tu Dios, oh Dan." El pecado de Samaria fue el pecado de mezclar la adoración de Dios con la adoración del sol. El dios de Dan era un dios solar egipcio. Esto se refiere al tiempo cuando su falsa teocracia no les satisface ni les da

la paz que buscaban. Como dice el profeta, en lugar de realizar sus ideales fanáticos, "pasan por ella, apenas vencidos y hambrientos", y maldicen a su rey y a su dios (Satanás, que los dirige) y miran hacia arriba. ¿Por qué no encuentran el perdón y ven la luz? - Porque todavía se aferran a su adoración al sol, y juran que es del Señor. Como dice Moore: --

*"La fe, la fe fanática, una vez que se ha casado firmemente
a alguna querida falsedad, la abraza hasta el final."*

Dios no puede aceptarlos, porque no lo aceptan a él ni a su verdad. Sienten su necesidad de algo, pero, cegados y endurecidos por el pecado, siguen atribuyendo la obra del Señor a Satanás, y buscan otra cosa, e intentan hacer que el Señor venga a sus términos.

Aunque estos pensamientos nos revelan a un Dios cuyo amor es infinito e inmutable a lo largo de la eternidad, también revelan la terrible naturaleza endurecedora y cegadora del pecado, que a cada paso nos acerca al punto de no retorno, donde el retorno es imposible. De hecho, al revelar la terrible naturaleza del pecado, revelan el amor del Padre que dijo del pecado: "No lo harás, hijo mío, no lo harás."